

Arturo Andrés Roig: un filosofar para la esperanza

Beatriz Bruce
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Jujuy

Resumen:

Arturo Andrés Roig trabajó incansablemente en ir recuperando y articulando girones de nuestra memoria histórica continental, siempre con esa visión de idas y de regresos, de comienzos y de recomienzos, plasmados por la lucha social constante y por la existencia de vencedores y vencidos. Pero el interés por esa revisión del legado se potencia al proyectarse en el tiempo; al transformarse – mediante un acto de negación- de ser algo que viene del pasado en algo que cobra valor de futuro. En acuerdo con esta concepción y con esta práctica, la tarea de la filosofía implica para Roig, fundamentalmente, colaborar en restituir a las voces opacadas su derecho a la utopía como apuesta a la posibilidad de modificación de una realidad contingente injusta. La presencia de una cotidianeidad intolerable obliga a retomar fuertemente el compromiso con la función utópica del discurso filosófico. La filosofía no puede ser entonces un saber vespertino sobre lo acaecido sino un saber auroral que vaya pincelando un futuro deseable como resultado de la articulación de las instancias de la temporalidad.

Palabras clave: Historia – futuro – función utópica – discurso filosófico – compromiso

Más vale equivocarse en la esperanza que acertar en la desesperación.
Amin Maalouf - *Los desorientados*

Nuestra memoria americana, la nuestra, se nos presenta con un sinfín de borraduras, con vacíos llenados por narraciones inspiradas en historias diferentes, con forzados intentos de dar homogeneidad a algo que, cuando miramos con la afectividad de la pertenencia, se evidencia como un sinfín de vueltas, quiebres, irrupciones e interrupciones. Sería desatinado trabajar para coherentizar este zigzagueante andar porque ello implicaría, necesariamente, su inserción disminuida en una historia triunfalista que se erige como universal. Por el contrario, lo que corresponde a un compromiso efectivo con nuestro pueblo es tener presente ese andar intranquilo, esos comienzos y recomienzos, esos proyectos truncos y las esperanzas surgentes en cada fracaso.

Pero, no puede verse ese cometido sólo como la elaboración ilustrada de una enciclopedia. La iluminación de ese pasado quebrado, turbulento y abierto se convierte, fundamentalmente, en crítica y tarea para nuestro presente, a la vez que esboza una utopía futura. Lo acaecido no puede ser relegado a una distancia segura ni rendirse a la hegemonía del presente; debe ser retomado como faena a cumplir. Historiar no se agota entonces con la exaltación de la memoria, sino que nos exige apostar a la reparación. La realidad actual de nuestro territorio y la pervivencia de deudas no saldadas nos interpelan éticamente para la reinstalación de un compromiso teórico y práctico con lo por venir. Podemos coincidir con Walter Benjamín quien, en una conmovedora nota en relación al poema de Bertolt Brecht titulado “A quienes nacerán después de nosotros”, comentaba: “no pedimos a quienes

vendrán después de nosotros la gratitud por nuestras victorias sino la rememoración de nuestras derrotas.”²¹

El trabajo en esta dirección es, quizás, uno de los logros fundamentales de Arturo Andrés Roig. El filósofo mendocino se ocupó incansablemente en ir recuperando y articulando girones de nuestra memoria histórica continental, siempre con esa visión de idas y de regresos, de comienzos y de recomienzos, productos de la lucha social constante y de la existencia de vencedores y vencidos. Pero el interés por esa revisión del legado se potencia al asumirse y proyectarse en el tiempo; al transformarse –mediante un acto de negación– de ser algo que viene del pasado en algo que cobra valor de futuro.

El reconocimiento de lo acaecido, que contraviene la representación instituida de “pueblo sin historia” o, en el mejor de los casos, de historia breve, permite llenar un futuro general, abstracto y vacío con la fuerza de proyectos utópicos reparadores. Como él mismo describe: “[...] América es país de futuro y su pasado solamente servirá en la medida que nos lance hacia el porvenir.” (1998:58) Pero, dialécticamente también advierte que “el futuro, con toda su imprevisibilidad, será nuestro cuando se parta precisamente de la experiencia contraria, la de lo hollado o historizado, aun cuando no lo sea plenamente.”(1981:37)

Para Roig, esta responsabilidad ético-política con nuestro pasado y sus demandas morales de construcción alternativa al porvenir, deriva en la identificación de la filosofía nuestra americana con la historia de las ideas. Expresa: “[...] no nos cabe duda que la Historia de las Ideas es la herramienta imprescindible que acompaña a la Filosofía latinoamericana, la

²¹ Citado por Löwy, Michael: *Walter Benjamín. Aviso de incendio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pág. 135. La expresión se extrae de una serie de notas preparatorias a “Sobre el concepto de historia”, compiladas por Tiedemann y Schweppenhäuser en el vol. I,3, pág. 1240 de las *Gesammelte Schriften*.

que alcanza plenamente su criticidad precisamente desde su particular historiografía que le es consustancial.” (1994:136) En otro texto, leemos: “la Filosofía Latinoamericana es un filosofar que no se ocupa del ser, sino del modo de ser de un hombre determinado, en relación con sus modos de objetivación y afirmación históricos.” (1993: 109) Así coincide con aquellos filósofos que desnudan el universalismo encubridor de la ontología para concentrarse en los entes y en las formas de manifestación del principio conativo que los lleva a perseverar en el ser.

La premisa necesaria para la recuperación de la historia y, simultáneamente con ello, del futuro, se centra para Roig en que nos consideremos a nosotros mismos como valiosos. No es posible llevar adelante un reordenamiento apropiado de los saberes y de las prácticas a no ser que se sostenga con fuerza la dignidad de lo propio. Roig inicia las páginas introductorias de *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, retomando con modificaciones la frase de Hegel que señala esta condición de afirmación para todo comienzo/recomienzo del filosofar y de su historia. Recuperamos su propio decir que es la forma más clara –aunque no olvidamos que estamos fragmentando un discurso- de explicitar su teorización:

[...] la afirmación del sujeto, que conlleva una respuesta antropológica y a la vez una comprensión de lo histórico y de la historicidad, no requiere necesariamente la forma del discurso filosófico tradicional. Más aún, en formas discursivas no académicas, en particular dentro del discurso político en sentido amplio, se ha dado esa afirmación del sujeto, la que si bien no ha estado acompañada siempre de desarrollos teóricos, los mismos pueden ser explicitados en un nivel de discurso filosófico y, como contraparte, muchos desarrollos teóricos se han quedado en el simple horizonte de lo imitativo o repetitivo, precisamente por la carencia de aquella autoafirmación fundante, o por el modo ilegítimo con que se la ha concretado, todo lo cual ha impedido un auténtico comienzo del filosofar. De esta

manera, una teoría y crítica del pensamiento latinoamericano no puede prescindir del quehacer historiográfico relativo a ese mismo pensamiento. La historia de las ideas, como también la filosofía de la historia que supone, forman de este modo parte del quehacer del sujeto latinoamericano en cuanto sujeto. (1981:7)

Arturo Andrés Roig, un pensador sin lugar a dudas nuestro americano, ha trabajado incansablemente y con éxito en imprimir un giro transformador al hacer filosófico en estas latitudes. Contraviniendo la fórmula del filósofo prusiano, para él, acá no es la filosofía la que requiere de un pueblo sino que “son nuestros pueblos los que reclaman para sí una filosofía.”(2005: 535) La labor crítico-creativa no es tarea exclusiva de los filósofos, sino que es patrimonio de incontables voces que tienen su ámbito en el mundo, en la cotidianidad, en la vida. Escribe:

...así como la injusticia nos subleva, las voces quebradas y opacadas nos ayudan a profundizar en el acto creador-autocrítico. Poder escucharlas a todas, ser tocados por la magia de su diversidad infinita, diversidad que no es caótica, que se actualiza y se concreta en relaciones de comunidad, es posiblemente uno de los anhelos de un tiempo en el que la contradicción entre los seres humanos y la mundialidad ha alcanzado violencias desconocidas.²²

La tarea de la filosofía implica, fundamentalmente, colaborar en restituir a las voces ahogadas su derecho a la utopía como apuesta a la posibilidad de modificación de una realidad contingente injusta. La presencia de una cotidianeidad intolerable nos obliga a retomar fuertemente el compromiso con la función utópica del discurso filosófico. La filosofía no puede ser entonces un saber vespertino sobre lo acaecido sino

²² La cita corresponde al Prólogo que escribe Roig al libro de Horacio Cerutti Guldberg: *Filosofar desde Nuestra América: Ensayo problematizador de su modus operandi*.

un saber auroral que vaya pincelando un futuro deseable como resultado de la articulación de las instancias de la temporalidad. Nos dice:

Un filosofar matutino o auroral confiere al sujeto una participación creadora y transformadora, en cuanto que la filosofía no es ejercida como una función justificadora de un pasado, sino de denuncia de un presente y de anuncio de un futuro, abiertos a la alteridad como factor de real presencia dentro del proceso histórico de las relaciones humanas. (1981: 15)

Roig reconoce de esta manera la importancia de la dimensión utópica en el saber crítico y liberador. Ese componente es el que imprime y caracteriza al discurso filosófico por su apertura a la historia, a la temporalidad, al devenir y al cambio. Entiende que lo utópico es ingrediente natural de todo discurso liberador, así como la actitud antiutópica es propia del querer mantener las condiciones establecidas, siempre beneficiosas para las clases sociales dominantes.²³ Escuchemos sus palabras:

Desde el punto de vista de su constitución epistemológica, la filosofía –esa misma filosofía que pretendemos rescatar como filosofía latinoamericana– pretende instalarse en una noción de temporalidad abierta y sobre la base de un concepto de futuro que no sea repetición necesaria de lo dado. Su dialéctica se organiza sobre la posibilidad de una ruptura de totalidades objetivas, en contraposición a una dialéctica repetitiva, que sería propia de lo que para nosotros es el ‘discurso opresor’ (1981: 41)

²³ Cfr. “El discurso utópico y sus formas en la historia intelectual ecuatoriana”, en *La utopía en el Ecuador*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1987, pág. 39. Este estudio introductorio reitera la temática ya planteada en el trabajo “La experiencia iberoamericana de lo utópico y las primeras formulaciones de una ‘utopía para sí’” publicado en la *Revista de Historia de las Ideas*, Quito, Segunda Epoca, N° 3, 1982.

En el estudio introductorio que realiza para un trabajo titulado *La utopía en el Ecuador*, Roig desarrolla de manera sistemática su consideración de la función del discurso utópico como apertura de posibilidades plurales y concretas frente a situaciones inapropiadas. Pero, cabe la aclaración, el discurso utópico no se construye como complementario respecto de las condiciones perjudiciales que se perciben en los procesos sociales, sino fundando una axiología superadora de las negatividades históricas. Es decir, no se conforma como la aplicación a un colectivo distinto de las mismas normas (por ej. cambiar las formas del racismo blanco por un racismo indio), sino que debe encarnar una re-fundamentación valorativa distinta (no-racista). Como enuncia de manera coincidente y adecuada Boaventura de Sousa Santos:

La profundización de la comprensión de las relaciones de poder y la radicalización de la lucha contra ellas pasan por la imaginación de los dominados como seres libres de dominación. La activista, la investigadora o la artista afrodescendiente, que hace de su activismo, de su estudio o de su arte una lucha contra el racismo, profundiza su lucha imaginando lo que sería su activismo ciudadano o su arte si no hubiera racismo, si no tuviese que partir de una identificación específica que le fue impuesta y la oprime. (2012: 108/109)

El filósofo mendocino niega también, en su consideración, dos aspectos que habían sido adjudicados a la utopía, cada uno de ellos, criticable. Por un lado, niega el sentido vinculado a la evasión o escape de la realidad, y por el otro, niega aquella conceptualización escatológica que la vincula a operaciones de racionalización de los procesos para permitir alcanzar una clausura en la historia. (1987: 15) En las diferentes escatologías, sean religiosas o secularizadas, sean circulares o lineales, sean optimistas o pesimistas, siempre existe la consideración de un fin autónomo y trascendente al proceso histórico que es, sin embargo, el determinante del

sentido del mismo. La utopía, por el contrario, surge de las contradicciones del propio proceso histórico y no se conforma como una finalidad absoluta que se erija como una meta fija, inamovible y precisada de una vez y para siempre.

Roig retoma en ese trabajo mencionado el resumen de sus propias tesis realizado por Marcelo Villamarín para describir al discurso utópico como aquel que ejerce, además de una función crítica frente a lo real, una función liberadora del determinismo de carácter legal y una función anticipadora del futuro. (1987: 21) La función crítica del discurso utópico, surge de la presencia, en el plano semiótico, de la conflictividad social. Hay que recordar que para Roig el motor de todo fenómeno de conciencia se encuentra en la vida social. El ejercicio de esa función permite –utilizando palabras de Benjamin- “iluminar la zona de lo que merece ser destruido.”²⁴

Se establece sobre esa dimensión crítica una tensión entre lo que es y alteridades potenciales que pueden abrirse hacia el porvenir. La función utópica permite así desnaturalizar los fenómenos históricos-sociales y desplegar el futuro a posibilidades “otras”. Al romper el determinismo, se rompe también con la idea del tiempo lineal -que implica un vaciamiento del futuro- para dar cabida a la idea de emergencia y a una conceptualización del porvenir como posibilidad que dilata el presente.

Adriana Arpini, explica de manera extraordinaria estas funciones, definiendo a la utopía:

[...] como una forma de producción simbólica del discurso, inserta en una determinada situación socio-histórica, respecto de la cual cumple la función básica de ruptura-apertura, en la medida que trabaja sobre el presente, en constante tensión hacia el futuro,

²⁴ Esta expresión se la encuentra en el apartado “Tesis sobre la historia: apuntes, notas y variantes”, que amplían el texto central de la *Tesis sobre la historia*, en la edición y traducción de Bolívar Echeverría. Cfr. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, <http://www.bolivare.unam.mx>

explorando y anticipando dialécticamente lo “otro” posible, y presionando sobre los límites de lo imposible relativo de cada época.

Podemos encontrar en Ernst Bloch (1959), algunos desarrollos especulativos, que han contribuido –de manera directa o indirecta- a la preocupación en el pensamiento latinoamericano por la función crítica y liberadora que debe tener el discurso utópico. Ese autor vincula la función utópica con dos conceptos: el “no” y el “todavía-no”, que permiten explicar la ruptura con el determinismo histórico y producir así una apertura al futuro. El “no” es la falta de algo y la expresión de la voluntad para superar esa falta. Decir no, es decir sí a algo diferente. Lo “todavía-no” es una posibilidad; es una capacidad concreta para extraer del presente lo que existe solo como latencia e imprimir un movimiento para ayudar a su manifestación. Ese par conceptual permite describir muy bien las tres funciones asignadas al discurso utópico.

A las ya enumeradas, Roig añade una cuarta. La misma se encuentra implícita en la tríada descrita, pero, se hace necesaria su explicitación. Es la que refiere al ejercicio de la historicidad y, por tanto, de la dialecticidad. Esta función permite ver la utopía en ruptura con la temporalidad mítica. Suscribe así a la diferencia señalada por Horacio Cerutti Guldberg entre “discurso utópico” y “discurso mítico” en relación a la temporalidad. Mientras este último se caracteriza por estructurarse en una temporalidad cerrada, el discurso utópico lo hace por su apertura a la historia. (1987: 21) Es una fuerza que tiende hacia lo otro posible e impide cualquier forma de deshistorización. Como afirma Cerutti, se trata de “quebrar la circularidad rutinaria de una historia donde el futuro sería siempre más de lo mismo, donde no habría por tanto auténtica historicidad, donde la contingencia aparecería negada y donde no habría margen ni para lo nuevo ni para lo alterativo” (2009: 128). Roig, en disfrazada polémica con Bloch,

considera de manera pertinente, que las “utopías del orden” son contradictorias en sí mismas ya que se usa la contingencia de manera paradójica, para sostener el inmovilismo social. Por ello se aproximan al discurso mítico. (1987: 43)

Estela Fernandez Nadal amplía este listado explicitando una quinta función adherida también a las anteriores, que se relaciona con la importancia del discurso utópico en la constitución y reconstitución de la subjetividad. La filósofa mendocina, quien conoce, interpreta y esclarece de manera magistral el pensamiento roigeano, dice:

[...] la utopía como dispositivo simbólico que ejerce una crítica de la realidad y la interpreta en función de un proyecto, no sólo permite pensar una transformación social como posible sino que, al posibilitar esta operación, realiza también actos discursivos transformadores de las relaciones intersubjetivas: otorga lugares, instaura deberes, desarticula el discurso contrario, excluye problemáticas, articula demandas, construye los tiempos y genera verosimilitud y consenso. La fuerza ilocutoria de la función utópica, en tanto instaura la pretensión de transformar las relaciones sociales, produce efectos en el plano de la construcción de identidades políticas al tiempo que porta las marcas de las condiciones sociales de su producción y de los conflictos entre posiciones políticas diferentes.²⁵

El desarrollo de la crítica a las condiciones presentes y la apertura a la posibilidad de modificación de las variables negativas ubica a los sujetos en una faz activa de implementar prácticas tendientes al cambio.

²⁵ FERNANDEZ NADAL, ESTELA: *Revolución y utopía. Francisco de Miranda y la independencia latinoamericana*, citado en Cerutti Guldberg, Horacio (2009: 125). La cita de Cerutti resalta algunos términos en la transcripción realizada que en este caso no fueron tomados en cuenta ya que el énfasis tenía que ver con la incorporación del fragmento en un conjunto argumentativo determinado.

Podemos cerrar el círculo de la exposición referida al discurso utópico, señalando la fuerza autovalorativa que el mismo imprime a los sujetos como artífices de la historia. Si la filosofía requiere de un sujeto que se entienda a sí mismo como valioso, es la función utópica la que ayuda al logro de este requisito en los grupos sociales que han sido históricamente victimizados, oprimidos y explotados. La crítica a la dominación de unos pueblos por otros y de unas clases sociales por otras, la percepción de la historicidad de las formas sociales, el conocimiento de la génesis de los procesos actuales, la ruptura de la concepción fatalista del transcurrir temporal y el compromiso con el futuro, conforman la potencia de cualquier pensar liberador. Por ello, hay que soplar constantemente la llama de la esperanza, que aunque en ciertos momentos no esté totalmente encendida, siempre permanece en el rescoldo.

Bibliografía

- Benjamin, Walter (1942): *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, ed. y trad. de Bolívar Echeverría. <http://www.bolivare.unam.mx>
- Bloch, Ernst (1959): *El principio esperanza*, Madrid, Aguilar.
- Cerutti Guldberg, Horacio (2000): *Filosofar desde Nuestra América: Ensayo problematizador de su modus operandi*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Ctro. Coord. y Difusor de Est. Latinoam., Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Cerutti Guldberg, Horacio (2009): *Filosofando y con el mazo dando*, España, Universidad Autónoma de la Ciudad de México – Biblioteca Nueva.
- De Sousa Santos, Boaventura (2012): *Una epistemología del sur*, Buenos Aires, Siglo XXI –CLACSO.
- Löwy, Michael (2003): *Walter Benjamín. Aviso de incendio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- Roig, Arturo Andrés (1981): *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Roig, Arturo Andrés (1982): "La experiencia iberoamericana de lo utópico y las primeras formulaciones de una 'utopía para sí'" en *Revista de Historia de las Ideas*, Quito, Segunda Epoca, N° 3.
- Roig, Arturo Andrés (1987): "El discurso utópico y sus formas en la historia intelectual ecuatoriana", en *La utopía en el Ecuador*, Quito, Banco Central del Ecuador.
- Roig, Arturo Andrés (1993): "¿Qué hacer con los relatos, la mañana, la sospecha y la historia? Respuesta a los post-modernos" en *Rostro y filosofía de América Latina*, Mendoza, EDIUNC.
- Roig, Arturo Andrés (1994): *El pensamiento latinoamericano y su aventura*, Bs. As., Centro Editor de América Latina.
- Roig, Arturo Andrés (1998): "En el año de Rodó" en *La universidad hacia la democracia. Bases doctrinarias e históricas para la constitución de una pedagogía participativa*, Mendoza, EDIUNC.
- Roig, Arturo Andrés (2005): "Historia de las Ideas", en Salas Astrain, Ricardo (Coord. Académico): *Pensamiento crítico latinoamericano. Conceptos fundamentales*. Vol. II, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.